



6-105

Madrid

De este

6105

REC... RECOGIDO EN "De este y de aquello" tomo IV

16 Mayo 1919

NUEVO MUNDO

LA VIDA Y LA OBRA

A.—¡Qué lástima de hombre, amigo Benito!

B.—¡Y por qué, amigo Antonio, por qué? No veo la lástima.

A.—Sí, hombre, sí. Pudiendo haber hecho tanto se va á morir sin hacer nada duradero, nada definitivo; y todo por meterse en esos tremedales en que se mete, que no son su campo y en que nada consiga.

B.—¿Y qué es eso duradero y definitivo que había de hacer en vez de lo que hace, y que tanto parece molestarle?

A.—¡Su obra, Benito, su obra!

B.—¿Y cuál es su obra?

A.—Su obra, la que esperábamos de él sus mejores amigos, y aun todavía algunos, cada vez menos por desgracia, esperamos; ¡su obra, aquella en que ha de dejar su espíritu, su obra!

B.—¡Su obra!, ¡su obra!, ¡Pura literatura, Antonio, pura literatura!

A.—Figúrate, por ejemplo, que Flaubert se hubiera metido en los tremedales de la cenagosa política de su patria en su tiempo y no nos hubiera dado *Madame Bovary*. ¿qué diríamos?

B.—Nos habría dado otras cosas y, además, *Madame Bovary*. Pero ¿y si te digo que esta portentosa novela, lo mismo que *L'Education Sentimentale*, son obras políticas, profundamente políticas?

A.—¡Bueno, sí; va de paradoja!...

B.—No repitas sandeces, Antonio, ni remedes á los señoritos frívolos. Las supuestas imposibilidad, impersonalidad y objetividad de Flaubert son una leyenda. *Madame Bovary*, *L'Education Sentimentale*, *La tentation de Saint Antoine*, *Bouvard et Pécuchet* son obras autobiográficas, como todas las grandes obras del espíritu humano. La señora Bovary es el alma misma de Flaubert, sedienta y hambrienta de ilusión, y Federico Moreau, y San Antonio, y Bouvard y Pécuchet no son sino Flaubert mismo. Dicen que cuando el maestro escribía el envenenamiento de Ema Bovary sintió síntomas de él. No es eso; es que lo escribió porque tenía el alma envenenada, y escribiéndolo se libertó del tósigo. La obra de Flaubert, como la de cualquiera que pase por un puro literato, por un hombre atento sólo á cumplir su obra, lo que tú llamas su obra, la obra de Flaubert fué un espejo, mejor aún, fué una flor de su vida, y su vida se conoce leyendo su estupenda *Correspondencia*, lo mejor sin duda de él. Y quien no conozca su *Correspondencia*, no conocerá su obra; y quien conozca aquélla, puede pasarse sin ésta. ¡Hay que ver al hombre!

A.—Conformes; pero su vida le sirvió para hacer su obra.

B.—¿Es que su vida no era ya una obra?

A.—Pero ¿cómo la conoceríamos?...

B.—Bueno, sí, Antonio, te entiendo. Pero la vida de ese hombre á quien compadecías, ó acaso temes; la vida de ese hombre á quien le pides su obra, una obra hipotética, fantástica, acaso imposible; la vida de ese hombre no transcurre en la soledad de un gabinete como la de Flaubert, ni se vierte tan sólo en una correspondencia privada...

A.—¡Pues pocas cartas que ha escrito el bendito!...

B.—Sí; pero las más de ellas públicas, ó como dice aquel otro que tú sabes, nuestro puro literato...

A.—Sí, Crispín.

B.—Justo, Crispín. Esas cartas son, como decía Crispín, apostólicas, episcopales y aun encíclicas.

A.—¡Vamos, sí, como las de San Pablo!

B.—Y las epístolas de San Pablo, escritas al día, viviendo y según vivía, ¿no son una obra? Esas epístolas que fueron su vida, ¿no son su obra? ¿Qué es eso de prepararse para su obra? La obra de un hombre es su vida; y si su vida es pública, hará y dejará una obra pública con ella. ¿Qué obra nos ha dejado Sócrates? ¿Y sería sacrilegio acaso hablar del Cristo? La obra del Cristo fué su vida.

A.—No, sino su muerte.

B.—Es que su muerte fué la razón y la esencia de su vida.

A.—Sí, con ella debió haber redimido al género humano...

B.—Debió, ¿qué es eso de debió? ¿Es que no lo ha redimido?

A.—Me temo, por lo que veo, que todavía no.

B.—Y yo también me temo que Don Quijote, con su locura, no redimió como debió haber redimido á España.

A.—¡Pero qué locura ésa tuya, Benito, de mezclar lo sagrado con lo profano y de semejarlo y revolverlo y confundirlo todo!

B.—No, no es eso. También la vida de Don Quijote fué su obra, y esta obra fué la vida dolorosa de Cervantes. Y si Cervantes no enloqueció, como tenía que haber enloquecido un espíritu como el suyo en aquella España de Felipe III, fué porque, como Flaubert en Ema Bovary el veneno romántico de su alma, desahogó en Don Quijote su locura. Y la locura quijotesca debió haber sido una locura redentora; Don Quijote enloqueció por los que, debiendo haber enloquecido, no enloquecieron. Porque á las veces es una maldición no poder volverse loco.

A.—¡Hombre!

B.—Sí, como decía el Autócrata de la mesa redonda — *The autocrat of the breakfast table* — en el admirable libro, así titulado, de Oliver Wendell Holmes, cuando se encontró en un manicomio con locos de monomanía religiosa: «hay que tener mejor idea de ellos que de los que profesando sus mismas creencias, se mantienen cuerdos y parecen disfrutar muy bien de la vida fuera del asilo». Y agrega el Autócrata: «Cualquier persona decente tiene que volverse loca si realmente abriga tales ó cuales opiniones.»

A.—De donde se deduce...

B.—De donde se deduce que un español que no acabe hoy por volverse loco, de una ú otra locura, ó es tonto de remate, ó tiene el corazón de corcho ó ha perdido la vergüenza civil.

A.—De modo que tenemos que volvernos locos?

B.—Ó tratar de volver locos á los demás. O crear un loco redentor, como Cervantes, para librarse de enloquecer de vergüenza y de amargura y de asco, creó el suyo.

A.—¡Justo! ¡Y he ahí una obra!

B.—No; no hay más obra que la vida para cada uno. Vivir, cuando es más que vegetar; vivir pública y civilmente, es obrar. Y á lo que hay que aspirar es á la vida duradera y definitiva. Y déjate de querer acotarle su acción á ese hombre, y déjale que se meta en los tremedales en que se mete, y que al sentir que el cieno en que se hunde le llega á la boca, dé alaridos. Un alarido es un canto. El hace su obra, pues que hace su vida y se hace á sí mismo.

A.—Des haciendo á otros.

B.—Esa es la obra hoy; deshacer á la alta chusma.

A.—¿Molinos de viento?

B.—¡Sí, molinos de viento!

Miguel de Unamuno